

Alberto de Frutos Dávalos

Madrid, 1979

Quinto Accésit

Alberto de Frutos Dávalos (Madrid, 1979) es licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, y trabaja en Prisma Publicaciones (Grupo Planeta) como redactor jefe de la revista *Historia de Iberia Vieja*. Hasta la fecha, ha publicado el libro de poemas *Selva de noviembre*, la novela *El beso de la señora Darling* y los libros de relatos *Utopías*, *Crónicas de un futuro incierto*, *La soledad dejó de ser perfecta* y *Familias estructuradas*. Ha recibido más de un centenar de premios literarios. Este relato es la continuación de *Escenas de un bibliotecario*, Tercer Accésit del VI Certamen de Relato Breve "Vida Universitaria" de la UCO.

ESCENAS II

I

—Buenas tardes, Óscar. Me gusta mucho ese poncho.

—Es de alpaca. Me lo compré en uno de esos puestos de indígenas que sacan en verano —Óscar tartamudeaba a veces, o, mejor, arrastraba las palabras haciendo de ellas una secreta música de «glissandos», efecto que, por otra parte, mejoraba la lectura de sus romances.

—¿Qué tal el fin de semana? La patinadora...

—Ah, tío, la patinadora. Otra vez me invitó a patinar...

—¿Y...?

—Que no fui.

—¡Pero bueno!

—No sé. Es que me dijo que iba a ir con su sobrino. Menudo papelón hubiéramos hecho los tres ahí. Además, me dijo que estaba enrollada con el jefe del bar. Si quería algo conmigo, no sé por qué me dijo lo del tío del bar. ¡Cómo son las mujeres! Un jaleo. ¿Tú qué tal?

—Hola, Álvaro, buenas.

—Buenas, Plácido. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

—Pues el sábado salí a pasear al campo, y hacía mucho frío, pero estaba precioso. El campo en invierno parece la luna. Y ayer, ¿qué hice ayer? Ah, sí, bajé a Madrid para el circo, con los niños. ¿Y tú?

—¿Te gustó el circo?

—Así, así. La verdad es que nunca había ido hasta ahora. Algunos números sí están bien, pero otros son un poco aburridos. Con los tigres, por ejemplo, no hicieron nada, los debían de tener drogados, aunque a Carlos le encantaron, claro. Es que son enormes, se pasó boquiabierto toda la tarde, qué gracioso. Pensé que se le iba a hacer más largo, pero qué va.

—Los niños tienen mucha paciencia.

—Es verdad. Cuando fui la semana pasada a la aceituna, no había quien lo parara. ¡Qué tío, ni un respiro se tomaba! —exclamó absorto—, y yo que acabé con los riñones destrozados...

—¿Y los payasos?

—Ya casi no hay payasos. Están en peligro de extinción, como los tigres. Ahora se llevan los efectos especiales.

—¡Hola!

—Hola, Conchi, buenas. ¿Qué tal?

—Jobar, bien. Menudo fin de semana... Yo no soy de las de quedar mucho, pero este fin de semana, jobar, entre unas cosas y otras, no he parado en casa. Al niño le había mandado la señorita

aprenderse una poesía, y al final se cogió una de Lorca, la de «suben por la calle los cuatro galanes», que como era cortita, pero le pregunté si sabía lo que significaba..., y qué iba a saberlo, ni idea.

—¿Me dejáis pasar? —interrumpió Nieves, la señora de la limpieza.

Nieves era de Almería, estaba casada y tenía una niña pequeña con un problema facial que le impedía sonreír. Ella, en cambio, no paraba de hacerlo, y siempre encontraba una burla con que aligerar las tardes infinitas del invierno. Armada con un cepillo, expulsaba de sus dominios a los bibliotecarios cuando la suciedad la llamaba a gritos. Era la reina de esa biblioteca, de la que poseía todas sus llaves y cuyos rincones conocía mejor que el director o los empleados. Llevaba muchos años limpiando la ceniza que Óscar dejaba caer en las baldas y humedeciendo de lejía la mesa de préstamo, para quitarle los restos de pegamento. Conocía por su nombre a los lectores más fieles, esos que claman al cielo cuando se enteran de que la sala cerrará el día de Navidad, y a algunos les aconsejaba que no estudiaran tanto y vivieran más. Era una seductora nata, y a menudo decía que su marido no le importaba nada y que jamás se le ocurriría dar la vida por él, porque se lo había encontrado en la calle. A pesar de llevar veinte años en Madrid, su acento no había perdido la música del sur, y oírlo era viajar al cabo de Gata sin billete de vuelta.

Desfilaban por la mesa de préstamo los alumnos más madrugadores, aquellos que parecían alimentarse de libros. El uno preguntaba si habían encontrado un paraguas negro («sí, pero se lo ha debido de llevar una compañera de por la mañana, seguro que lo devuelve un día de estos, cuando deje de llover»); una alumna de un programa de intercambio europeo pedía que le hicieran un carné («what does “nombre” mean?»); aquel protestaba porque un libro no había por dónde cogerlo de lo viejo que estaba; a un exigente investigador le parecía intolerable que la obra requerida estuviera mal colocada; una mujer preguntaba por una revista inexistente («bueno, en ese caso, me gustaría rellenar una ficha para que la adquirieran», «pero es que no hay ninguna revista con ese nombre», «en ese caso, ya va siendo hora de fundarla»); un profesor deletreaba el título de una obra en alemán para que el bibliotecario la buscara en los ordenadores y de paso aprendiera algunas reglas de la *grammatik*; un alumno saludaba a su tía Ramira por el móvil; otro besaba a su novia con la

tosquedad de un primerizo; y aquel, la portada de un libro que al fin había logrado obtener tras varios meses de tentativas...

Y, entonces, como en una novela antigua o como en un tema de Chopin, apareció ella.

II

Mireya se peinaba con trenzas, y tenía los ojos color miel, y una sonrisa que parecía venir de un bosque de sábanas y noche. Mireya tenía el pelo castaño, y ojeras, y en su sonrisa se asomaban unos dientes armónicos, como un ejército trabado que se arenga a sí mismo antes de enfrentarse a un enemigo de carne. Mireya tenía un cabello que le dejaba la frente despejada y clara, y los ojos parecían catalejos brillando sobre dos montes de pómulos, y su sonrisa era un trigo horizontal que movía el viento de sus labios. Mireya parecía un paisaje de agua enmarcado por dos trenzas como lenguas de tierra sobre las que yacía un faro, y sus ojos preguntaban y no respondían, se cerraban y tardaban un siglo en devolver su luz al mundo, se achinaban y luego se volvían platos, pero de arroz tres delicias, y sus ojeras contenían libros de muchas páginas y conciertos de muchas bujías, y, cuando Mireya sonreía, sus mejillas se abrían en escotillones de dulzura, por los que caían muecas y signos indescifrables, y palabras dichas al trasluz de una ventana.

Mireya dejaba la ficha verde sobre la mesa, y su mano tocaba un concierto de espera o eternidad requisada, y su mano era joven e infinita, como las manos de las estatuas, pero dolía, uñas mordidas. La mano de Mireya era de las que hay que coger paseando y acariciar bajo los álamos aunque no haya álamos, porque tenía unas cuantas venas como riachuelos huérfanos de mar, y hasta cinco dedos, que se movían igual que flecos de una bandera por la que valía la pena luchar y perder la vida. Las manos de Mireya escribían el título de un libro, y, sin haberlo leído, se podía imaginar uno su argumento, y si era sobre la historia de Portugal, en los márgenes de la ficha se asomaban Vasco de Gama y un clavel revolucionario, y, si era sobre filosofía griega, las líneas discontinuas de la ficha eran los escaños del ágora en que se sentaban los discípulos de Sócrates, llorosos tras la cicuta. Las manos de Mireya eran de piel y agua, y una sinfonía sonaba en sus cartílagos de pauta, como en las paredes de un teatro, y en sus labios.

Desde el depósito, en que Álvaro se había refugiado con la excusa de buscar el libro (aunque en realidad era para no perder el pelo como Sansón, de miedo), el chico miraba el cuerpo de la alumna, que se paseaba como una ola de la Quinta de Beethoven, a veces tranquila, a veces no, parándose en las vitrinas que guardaban las obras de referencia: diccionarios o enciclopedias, puntos rojos en el lomo, prohibido sacar esta obra de la biblioteca, lo que dice la advertencia no es exacto, tiene préstamo de sala, las fotocopadoras están en la planta baja, hasta las ocho, permítame que la desmagnetice primero. Y su cuerpo era un canon redivivo: el de Kant, porque había en su forma un conjunto de principios apriorísticos sobre la belleza, que regulaban el conocimiento o, en su caso, más bien lo enloquecían; el alejandrino, porque los trazos de su pluma eran modelo para todos los géneros de grafología; el musical, porque iban entrando en ella voces o instrumentos, los que pronunciaba Álvaro, que repetía el canto de admiración precedente; el canon de Policleto o de Lisipo, aunque no hiciera falta medir la octava parte de su cabeza en su cuerpo de ondina para llamarla hermosa. Sobre ese cuerpo, los pueblos trazaron un sendero de sed aún no saciado; contra sus formas, los dioses no disputaron; y si hubiera sido Mireya mitológica, Afrodita se habría quedado con la misma cara de tonta que Hera y Minerva, y aquí no habría corrido la sangre de Troya. Si ya vestida inspiraba el tormento y el éxtasis, desnuda, hasta el tiempo se hubiera bajado de su caballo para envejecer en ella.

Había que volver.

Y menos mal que en estas se dio cuenta de que no le había buscado el libro. Álvaro inquiera a las vitrinas por esa pluma de cisne que su cisne ha perdido, comprueba entre todas las ediciones cuál es la mejor, cuál tiene un prólogo tan largo como el libro, cuál aparece inmaculado de subrayados obscenos u observaciones para mentecatos. Cuando al fin lo tiene entre sus manos, vuelve a la sala como si llevara bajo la axila la cabeza de un dragón.

Le pide el carné: es entonces cuando descubre que se llama Mireya Carcaj de la Fuente, que vive en la otra punta de Madrid, pero qué no hicieron MacMillan, Benz o Gottlieb Daimler, Heinrich Focke por el amor («pero visitarla en helicóptero sería, quizá, un poco inmodesto»). Averigua que estudia el último curso de su carrera («no me queda mucho tiempo para conquistarla,

tengo que preguntarle si piensa hacer el doctorado»), que a lo largo de sus cinco años ha pedido prestados noventa y dos libros («¡qué inteligente es!»), y también el número de su teléfono, que por supuesto no apunta, pues piensa conseguirlo por cauces más leales, que no sean susceptibles de dar con sus huesos en un juzgado por violar la ley de protección de datos.

—Gracias —le dice ella. ¡Oh, su voz! Como una polonesa brillante, como el sonido a lluvia que hacen los niños cuando avanzan en sus carritos, como las voces de un sueño consagrado a las sirenas homéricas...

—A ti —responde Álvaro, sonrojado.

—¿Por qué? —le pregunta la señorita Carcaj de la Fuente.

Álvaro busca en su repertorio de agudezas, pero en ese momento su repertorio parece una biblioteca arrasada por una inundación. La chica se ríe, Álvaro menos, y se dicen adiós con los ojos. Aparece Óscar, y el movimiento regresa a la biblioteca. Inmediatamente, antes de que Nieves limpie la mesa con sus guantes exterminadores, busca la ficha grabada por el buril de su bella dama, guardándosela en el bolsillo izquierdo de su camisa, marcapasos de papel que lo hace revivir.

III

»Alguien escribió que también lo bello es perecedero en la tierra. No sé si es verdad: tú eres eterna porque te creo eterna; aunque el amor sería distinto si viviéramos siempre. Para empezar, los cuerpos abolirían el placer, porque no se puede distinguir un momento supremo en un tiempo infinito. La memoria es demasiado frágil para recordar por qué queremos a quien queremos. Pero si viviéramos en la razón, conoceríamos el ritmo de los años, y podríamos paralizar el tiempo. Amar es un verbo que se conjuga solo en presente. “Te quise”: no. “Te querré siempre”: qué importa. El futuro es impensable. Y el presente es sólo tristeza.

»No sé por qué, Mireya, pero me parece que la música es como una máscara que se ajusta del todo a nuestro rostro, casi una segunda piel, y cuando nos sentimos tristes la música nos parece también triste, y cuando sonreímos también la música sonríe, y celebra nuestra alegría. Hoy la

música es triste, y no hay ninguna razón, salvo la noche, y quizá el sueño, avanzadilla de un poema probable al que le cuesta nacer. La tristeza nace con frecuencia de una indecisión, los héroes no están nunca tristes, pero no es un estado indeseable.

»La tristeza crea muchas cosas: sobre todo ilusiones. Cuanto más hondo vas cavando en la arena, más agua vas encontrando, y entonces es como caminar por un paseo oscuro en el que de repente se enciende una luz. Es una luz vaga, titilante, pero es, y muestra que la oscuridad termina siempre: con el día, o con lo que nosotros queremos que sea el día.

»Hablar de la tristeza es también hablar de las manos, y de los ojos, y del frío. Las manos son como hojas que presienten el otoño en la copa de un árbol, y se resisten a no ser más que brotes de un armazón que seguirá en pie cuando ellas caigan. Imagina que tu piel se desprendiera de la carne todos los años por la misma fecha: tendría derecho a rebelarse, pero la tristeza es inflexible como la naturaleza. Aliada con el viento y la soledad, tira de las hojas y de la piel de las manos, y gana siempre. Los ojos van de un lado a otro, como signos de interrogación que no abren ni cierran ninguna pregunta. Y el frío es un frío de claustro, y sus pisadas se oyen a lo lejos como cadenas arrastradas por un fantasma.

»Por lo que sea, Mireya, estoy triste, y escribir de la tristeza es una forma de derrotarla. Quizá por eso la tristeza inspire más que la alegría: no escribimos sobre la alegría para que no se nos esfume. Entonces me pregunto si la literatura no es más que eso, alejar sensaciones, embarcar al miedo en una nave de palabras, y dejar que la pluma reme al infinito. O no, no al infinito: la tinta no sabe llegar tan lejos, y la tristeza y la alegría vuelven siempre, sigilosas y en celada, a la costa donde un vigía con forma de lenguaje otea el horizonte. Pero escribimos para algo. Tenemos que escribir para algo. No podemos ser ya tan ingenuos y creer que nuestra huella será la que sigan los bípedos venideros, y que el nombre que le demos a nuestras cenizas será el que repitan los niños en las escuelas. Las lápidas anónimas abundan en los cementerios.

»Estoy triste, y repetirlo una y otra vez me pone en la bandeja de los oídos una certidumbre innecesaria; no morimos cuando dejamos de leer lo que somos sobre el papel, sino en el instante en que perdemos el dolor o dejamos de emocionarnos. Pero hoy, sin embargo, todo es vida, y la

selva nos va cercando. Bueno, llega un momento en que buscamos las palabras: ya han fondeado en la playa y han penetrado en el bosque, y nosotros ya no somos vigías, sino cazadores de belleza. Nuestra búsqueda las previene contra nosotros, y las que se nos entregan son las más débiles —las que dicen la verdad no son presa fácil—, y las más llamativas —no las más hermosas.

»En el fondo, las palabras son como el amor, Mireya, y la inocencia es esperararlo y temerlo siempre, en lugar de rendirlo con balas hechas de tiempo caduco y esperanzas congeladas.

»Es la soledad esta tristeza, creo, y viaja con ella un polizón que conozco bien: el sentimiento de derrota por reconocerla. Hay días en que quisiéramos ser estatuas, pero la piedra sufre, y cae (otra vez), como las notas de un pentagrama que acaba de naufragar. Hay días en que quisiéramos tocar un cuerpo ciego e ignorante de sí mismo, y darle un calor de mano y un color de mar tempestuoso. Y días en que bajo los labios parecen bullir alegatos contra la pena, cada uno con su acento y su manera de hacerse claridad o beso tras un silencio demasiado largo. El tiempo es un milagro que nos devora; nos hace desear la distancia altiva de unos ojos, y el eco doloroso de una voz vegetal y lejana, y nos pone, por si fuera poco, cara a cara con toda la abyección de lo que dejamos de ser o de lo que no nos atrevimos a contar.

»Nunca he estado tan solo, ni siquiera cuando era una estatua, y en la plaza ni los niños me miraban. Y nunca he obligado a la música a sonar tan triste, ni siquiera en mis funerales. No más palabras, sólo sueño. No más sueño, sólo amor. Y para que el amor crezca sano en su vivero, infinitas lágrimas para regarlo.

»Las palabras se han escondido en las guaridas de los animales, y ya no tiene sentido seguir acechando. Tal vez mañana, cuando despierte yo que las amo, Mireya, salgan de nuevo a la superficie, y se enreden en las trampas. De momento, que siembren el mundo bajo el mundo, y exhiban su gracia sólo a las raíces: crecerán árboles más sabios, y las hojas usarán del vocabulario para defenderse del expolio de las estaciones.

Por las noches, Álvaro se sentaba en la mesa del salón, y escribía naderías filosóficas y tratados sobre la tristeza a su amada enemiga. Si se acercaba Visi, en cuya casa vivía, escondía los papeles bajo un libro de Steiner sobre las presencias reales. Pese a su timidez, o precisamente por ella, la mujer comprendió que el chico se había enamorado. Aguardó a que su corazón se rompiera de silencio para que le confesara su querencia, que ella imaginaba con gafas de pasta, ojos diminutos y orejas de lechuza.

Si hubiera sabido que su nieto de adopción había visto una sola vez a la chica por la que bebía los vientos, habría llamado a un médico. En sus tiempos, tal vez porque los padres velaban el misterio del sexo hasta que a sus hijos les salían las primeras canas, los romances se fraguaban por signos tan azarosos como los del vuelo de las aves, y había mujeres que se tomaban en serio el juego de la margarita. El primer amor se hace de presagios, y ¿qué razones convencieron a Don Quijote de que en la aldea de Dulcinea había otras mil como ella?

Álvaro investigó, entrando en el ordenador de la biblioteca con la clave de su alumna, sobre los libros que había pedido prestados en el último año, y se fue haciendo con ellos. De tanto en tanto llegaba un mensajero que le dejaba en el portal las obras solicitadas. No le bastaba con prestárselas a su cuenta personal en la biblioteca, ya que algún día tendría que devolverlas, y sería como desprenderse de una parte de Mireya. Para comprender el amor, hace falta comprender lo que leen sus ojos, se decía, si bien halló libros tan complejos, relacionados con la lógica y las matemáticas principalmente (dos veces se había retrasado su amada en la devolución de una obra de Kasner y Newman), que optó por dejarlos aparcados hasta la fecha de su matrimonio.

Le gustaban los cuentos de Julio Cortázar —era juguetona y vital, y el jazz corría por sus venas junto a un jinete de frases incompletas y sentimientos que había que imaginar—, las poesías de Borges —pero también era ordenada y reflexiva, y podía aparentar, si así gustaba, que sólo conocía el amor por la experiencia de los libros—, las reflexiones de Ortega —cuando hablaba, era la belleza de la frase y la profundidad de la idea, y no había nada que le fuera ajeno, ni la pintura ni los campos de Castilla, ni la soledad, ni Dios, ni la enseñanza de la Historia—, la ambigüedad de los personajes de Graham Greene —acababa de sacar de la biblioteca la prodigiosa historia del adulterio de Sarah

Miles, y seguramente también llevaba un diario escrito noblemente sobre un libro de contabilidad, con el usual rayado azul y rojo—, las intrigas pasadas de rosca de John Grisham —y era la aventura, y su vida un misterio de espionaje y abogados corruptos—, las obras infantiles de Barrie —soñaba con huir volando de su hogar al país de Nunca Jamás, pero nunca jamás qué—, los estudios sobre música, especialmente de Brahms —tan clásica ella—, Oscar Peterson —había sacado varios discos del pianista en la fonoteca: clásica, pero de otro modo—, la filosofía de Heidegger —a quien citaría frente a sus amigos intelectuales, en uno de esos bares en los que las cañas cuestan el doble, porque las camareras son tan bohemias que le besan a uno en la oreja nada más llegar—, y la del amigo Witt —por eso no hablaba de lo que no sabía—, los ensayos de Eugenio D’Ors —con quien se había ido de paseo al Prado—, la poesía romántica inglesa —esos sí que sabían vivir, diría un día envuelta en su traje de hada lisérgica—, y la española de los jóvenes autores, etcétera...

Naturalmente, hacer un retrato robot con tan variados trazos hubiera llevado años de pesquisas, pero la intuición de Álvaro redujo su eclecticismo a una sola premisa: «Dios mío, la quiero».

Tenía necesidad de verla antes de que los centauros del polvorón navideño vaciaran la biblioteca. Seguro de que su amada tendría casa en el pueblo, temía no volver a encontrársela en los veinte días de vacaciones. Le era grato imaginársela jugando con la nieve bajo una iglesia de prominente campanario, o bebiendo en las fuentes de una plaza hermoseedada de panderetas y zambombas (como era de gustos familiares, no olvidemos que leía a Barrie, era seguro que la Nochebuena la pasaría cantando villancicos junto a su abuela ¿Regina?); mas, en su ausencia, los días durarían meses.

En todo esto pensaba Álvaro cuando le preguntó a su compañera de piso por qué nacía el amor.

—Porque las cosas son así —le respondió la mujer—. Es como el parte meteorológico, que nunca sabes si el día va a acabar nublado o con sol. Y lo mejor, o lo peor, según lo mires, es que el amor no acaba en la juventud, sino que se prolonga hasta la muerte, e incluso ceder a la muerte es como entregarse al amante más celoso y exigente.

IV

Lo desalentaba que, si un día volvía a la biblioteca, no supiera reconocerla. El hechizo, tan lacónico siempre, mantiene los sentidos en suspenso una temporada, pero se disuelve tan pronto como la ausencia física empieza a pesar en la levedad de la carne. El misticismo escribe versos, pero no suple la soledad bestial de las noches.

No. La reconocería. Aunque se cambiara de peinado o se pusiera gafas, le bastaría aquella vez para no olvidarla nunca.

En el café, le dijo a Plácido que se había enamorado. «Sólo la he visto una vez, pero no puedo dejar de pensar en ella», añadió.

—Quizá sea una obsesión.

—Todos los amores lo son —precisó Álvaro—. Algo parecido a lo que sientes tú por las piedras...

—Es cierto, las echo de menos. ¡Para mí son algo tan vivo! —exclamó, evocando su Cáceres natal. Puede que el amor no sea más que echar de menos.

Un día, su ex, Carmen, lo llamó para preguntarle cómo seguía. Le mintió: que lo estaba pasando mal, que pensaba en ella todas las noches, pero que seguía decidido a quemar las naves. Ella fue más sincera: que había conocido a un chico, hijo de un empresario del aluminio; que, tras intimar con esa alhaja, se arrepentía de haber perdido tanto tiempo a su lado; y que estaba segura de que nunca podría hacer feliz a una mujer. Álvaro colgó, ofendido.

Volvió a sus clases de literatura por la mañana. Quería aprenderlo todo. Ya no dejaba ningún libro sin leer, le parecía que era como no apurar el plato en las comidas, ni se aburría de ir al cine, ni quitaba la música sacra que Visitación acostumbraba oír por las noches. Quería fundirse en la creación para estar cerca de Míreya.

Absorbía el arte con una facilidad pasmosa. Una tarde, en la sala de investigadores, con los ojos cansados por la lectura, empezó a garabatear unas cuartillas. Hacía tanto tiempo que no escribía,

que aquel perderse en la selva del lenguaje le hizo recuperar la fe en su mano, acalambrada por meses de películas obscenas y voluptuosa alfarería.

Tras su «rehabilitación», escribió un simple cuento sobre un hombre que subía a una montaña. La fatiga lo sorprendía los primeros días de ascenso, pero en cuanto aprendía a controlar su respiración, se percataba de que el único premio que nos es dado gozar en el mundo no es llegar a ninguna meta, sino la contemplación de la belleza, que nos hiere como un cuchillo tierno. La historia concluía con una frase del personaje: «La naturaleza tiene», sobre la inmensa riqueza que se abre al hombre cuando deja de ser él para convertirse en pieza de una rueda más amplia. Demasiado contemplativo para que lo convenciera; pero, al menos, era un principio.

Al día siguiente, se aventuró con la poesía, pero sus sonetos le parecieron indignos de su dama. Sin embargo, travesear con las palabras era como jugar con sus trenzas, y pensó que sus trenzas tendrían la forma de un endecasílabo.

Paseaba, y las calles volvían a ser laberintos que le llevaban a lugares reconocibles, en los que se paraba para recordar lo que hubo ahí antes de que llegaran los comercios o los restaurantes de comida rápida: un cine, un parque, una casa de discos que quizá inventaba. Las hojas que caían de los árboles no las veía, porque ella tampoco, ni los árboles ni las zanjas. Más de una vez trastabilló, y otro día pensó escribir un artículo sobre el amor como causa primera de los accidentes domésticos.

En la biblioteca, se ponía nervioso si veía entre las mesas unas trenzas. «Tienen que ser de ella». Cuando la dueña de la melena se levantaba, Álvaro no ocultaba su decepción. Ponía los libros en el mostrador con desgana, como quien sirve un pescado víctima de la marea negra. ¡Y cuánto tardaba, ahora que tenía la mente ocupada, en encontrar una revista o en colocarla a primera hora de la tarde! Se movía por los anaqueles como si lo arrastrara la fiebre, y los párpados le pedían permiso para cerrarse, porque no querían ver más que una imagen, tan caprichosos se habían vuelto.

Un día antes del inicio de las fiestas, se celebró la tradicional comida navideña, por cuenta del decanato. Estaban invitados los profesores, el personal no laboral, los bibliotecarios, y los representantes de alumnos. ¿Y si entre ellos...? Por si acaso, Álvaro se puso su mejor ropa, se peinó, e hizo votos por llegar sobrio a la celebración.

A pesar de comparecer en impecable estado, pronto sus manos empezaron a imantar copas de vino, las cuales se derramaron por su mal pulso en los trajes más elegantes de los maestros y en los vestidos de las profesoras: ellas de gala para conquistar a ese alumno orgulloso que las corregía cada dos por tres; ellos, a esa alumna que asentía a todas las trápalas pronunciadas en el curso de sus clases magistrales.

Estaba brindando con cava con el resto de los bibliotecarios, cuando la tuna hizo acto de presencia para sacar a la pista a los menos apocados. Si ella hubiera estado ahí, tal vez Álvaro se habría atrevido a quebrar su prez sin gloria, adquirida durante meses de gravedad tras el mostrador.

—Hola, Álvaro.

—Hola, Plácido.

—¿Qué, has vuelto a verla? —le preguntó.

Pero Óscar, que iba ya por la decena de copas, no le dejó responder: «A disfrutar de esta noche mágica, chavales, pero sin atragantarse con las uvas... —desbarró—. Ah, no, que hoy no toca».

Las conversaciones eran cada vez más febles, los presentes se iban delatando, enrojecidos por las brumas del alcohol, y Álvaro no abría la boca. Tan sólo tuvo que poner cara de atención a la retahíla de un ex bibliotecario que ahora se dedicaba a la cría de tortugas: «Blasa se llama mi preferida».